

Crear un libro es abrir un espacio para el encuentro. Es también, de alguna forma, formalizar una propuesta que quiere contribuir a la conciencia de un colectivo o del sujeto particular que se aventura en sus páginas. Un libro es uno de los medios por el que las ideas circulan en búsqueda de acogida. Cuando alguien toma un libro en sus manos la situación se transforma en una especie de conjuro por el que dos personas, autor y lector, rompiendo la realidad del tiempo y del espacio, conviven durante un instante para compartir un proyecto común.

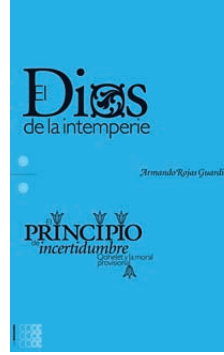
Convivium Press surge desde la necesidad de crear un espacio de reconocimiento del Otro, de los otros y de lo otro (la realidad). Este nuevo fondo editorial con sede en el continente americano aparece para ofrecer palabras renovadas e ideas de peso en torno a la necesidad actual de la reconciliación y el diálogo fraterno.

Los tres primeros volúmenes reafirman esa voluntad de nuestra línea editorial. En ellos los lectores encontrarán un eje conductor: la necesidad y la importancia de la *convivencia humana* mediante el rescate de la noción de «relación» en el pensamiento contemporáneo. Son esos tomos: *El aro y la trama. Episteme, modernidad y pueblo*, de Alejandro Moreno Olmedo; *El cristianismo como comunidad y las comunidades cristianas*, de Pedro Trigo, y los dos ensayos de Armando Rojas Guardia *El Dios de la intemperie / El Principio de incertidumbre. Qohelet y la moral provisional*.

Precisamente por medio de esta carta hemos abierto un espacio de reflexión para compartir palabras e ideas que surjan de la lectura de este título del poeta y filósofo contemporáneo, el latinoamericano Armando Rojas Guardia.

El Dios de la intemperie nace de la exposición de su honda y sabia experiencia como intelectual y creador que se pregunta por el sentido de la existencia del otro y de los otros, desde los límites de su propia vida. Como sostiene Juan Liscano en el prólogo, leer este libro es encontrarse con el hombre que en cada página nos invita a reflexionar a partir de su propia experiencia en una lúcida evocación intelectual de la densidad de nuestra existencia y sus posibles sentidos. Es una invitación, pues, a asumir la aventura y el trance de vivir a la intemperie, advirtiendo el profundo carácter de riesgo que tiene esta apuesta, porque vivir a la intemperie es vaciarse de muchas preconcepciones, es encontrar la sonoridad del otro en el fondo de nosotros mismos, es descubrir al otro «dulce y atroz» que nos interpela. Tal movimiento está lejos de ser simple piedad beata o sentimentalismo ante la pregunta por la realidad del otro. Este libro es una provocación a medir la densidad de nuestra existencia ante la irrupción dulce y violenta del Otro y el otro. Bien podríamos decir que esa provocación de Armando Rojas Guardia se levanta más allá de todo fundamentalismo dogmático para incitar a reconocer la realidad de un horizonte existencial y realmente religioso, posible en toda persona.

El riesgo de la propia existencia se traduce para este poeta en incertidumbre (una materia que explora en el segundo ensayo de esta entrega, *El Principio de incertidumbre*, a partir de una reflexión sobre *El Eclesiastés*), pero en una incertidumbre que es, a su vez, apuesta y responsabilidad frente a la vida. En pocas palabras, «esta apertura desestructura los hábitos para henchirnos de una vastedad sin contornos». La obra de Armando Rojas Guardia es una puerta abierta para repensar nuestra realidad humana, en la que sin duda, muchos sentirán la complejidad y la agudeza de la vida que clama y de la evocación mística que resuena como música allá en la profundidad de nuestras historias de vida.



Y como un cuento suele ser una síntesis extraordinaria de grandes eventos, para finalizar, valga recordar uno muy especial que nos contacta con esa hondura del vivir y de su amoroso centro:

«Un día en que el rey Salomón caminaba en un lugar solitario, encontró un hormiguero. De inmediato todas las hormigas vinieron por millares a saludarle. Una sola lo ignoró, ocupada en llevarse, grano por grano, el enorme montículo de arena que había delante de ella. El rey Salomón la hizo llamar y le dijo: ¡Oh, hormiguita! Ni con la longevidad de Noé ni con la paciencia de Job, lograrás hacer desaparecer alguna vez esta montaña de arena. ¡Oh, gran rey! —respondió la hormiguita— no te detengas por mi tamaño. Mira más bien mi ardor. Detrás de este montículo está mi bienamada. Nada me detendrá para encontrarla. Y si debo perder la vida, al menos moriré con la esperanza de reunirme con ella. ¡Oh, rey! Aprende de una hormiga lo que es el amor; aprende de un ciego el secreto de la vida». (Al Attar en El lenguaje de los pájaros).

REGÍSTRESE
HOY
EN
WWW.CONVIVIUMPRESS.COM
Y
RECIBA
NUESTRAS
ÚLTIMAS
NOTAS
DE
PRENSA,
VIDEOS
Y
CARTAS
DEL
EDITOR

